



I
*En el principio
de los Tiempos*

Antes de que el mundo fuera mundo y existiera la luz, reinaba Nix, la noche, una diosa de alas negras a las que todos temían. Su reino era un espacio inmenso donde estaban mezclados el agua y el fuego, el frío y el calor, el ruido y el silencio, el aire y la tierra, y ella compartía ese lugar con el primero de los entes, al que llamaban Caos.

Nada podía crecer allí, porque todo nacía y en minutos se destruía y volvía a nacer para luego morir. Los dioses lo habían olvidado, a pesar de que en su interior estaban las semillas de todas las cosas que algún día existirían.

Pero entonces apareció la diosa Eurinome, que había despertado de un largo sueño. Feliz, danzó por muchas horas en el espacio, hasta que se sintió mareada y quiso descansar y descubrió que no había un lugar firme donde sentarse o posar los pies.

Queriendo remediar aquello, pensó en despejar el aire y separó los cielos del mar, y convirtiéndose en paloma, se dejó acunar por las olas y puso un hermoso huevo de oro. Como el Viento del Sur, y el Viento del Norte querían llevárselo, Eurinome, convertida ahora

en paloma, llamó a Ofión, un ouróboro –o serpiente marina que vivía en lo más profundo del océano–, y le pidió que lo protegiera.

Ofión, que se había enamorado de la diosa al verla bailar, se enroscó siete veces alrededor del huevo y esperó hasta que sintió que lo que estaba dentro de él quería nacer. Entonces, con todo cuidado, lo liberó, el huevo se partió en dos y de él salieron todas las cosas que existen: el sol, la luna, las estrellas y los planetas, y entre estos, la Tierra. Entonces, el Caos desapareció.

En la Tierra, Eurinome eligió un hermoso lugar, fresco y cruzado por ríos y arroyos, con un valle muy fértil donde la maldad aún no existía.

Allí había bosques misteriosos y un lago donde Ofión podía vivir miles de años; árboles que daban todo tipo de frutos, y flores nunca vistas, donde las abejas libaban el néctar para hacer la miel. En aquella tierra había animales más pequeños que las hormigas y otros más grandes que el mastodonte, el más grande de todos los elefantes.

Eurinome llamó a aquel lugar la Arcadia y creó a los hombres, a los que enseñó cómo hacer casas para protegerse del frío y de Nix, la noche; les regaló el huso y la rueca para tejer sus vestidos; les enseñó a curtir las pieles de los animales para no pasar frío, a hacerse

sandalias para cubrir sus pies, a inventar instrumentos musicales como la flauta, para su alegría, además de herramientas que los ayudaran en su trabajo.

Pero su mayor regalo fue entregarles el fuego.

Desde entonces, la oscuridad y Nix, la de las negras alas, ya no reinaron todo el tiempo, sino sólo algunas horas del día, aquellas a las que los hombres llamaron noche, en las que, por temor a ellas, se encerraban en su casa y trancaban puertas y ventanas hasta que el sol volvía a reinar sobre el valle, iluminándolo todo.